

PREPARATIVOS DE WALKER

Refiere Walker que inmediatamente después que recibió los despachos del Gobierno, para que se le colocara al frente de la fuerza que debía expedicionar sobre los legitimistas en Rivas, comenzó a preparar la Falange para marchar al Realejo, de donde debía dirigirse a bordo del “Vesta” a un punto del departamento Meridional.

Dice que las provisiones de boca y guerra fueron enviadas en carretas a Realejo y de allí conducidas en bongos al bergantín “Vesta” que se hallaba anclado a la altura de Punta Icaco. Asegura que el 23 de junio la fuerza estaba a bordo, lista para hacerse a la vela. Cuenta que Ramírez, jefe democrático que debía marchar con la Falange al frente de doscientos hombres del país, manifestaba poca disposición para la empresa y le parecía azarosa y mal concebida.

Walker atribuye el cambio de aquel Jefe a la influencia de Muñoz, quien desaprobaba la expedición sobre Rivas. El narrador no se equivocaba.

Ramírez poco acostumbrado a una estricta disciplina militar desatendió al Director Supremo, quien le había ordenado directamente que alistara doscientos hombres para marchar con Walker sobre Rivas y cuando el “Vesta” debía hacerse a la vela sólo se presentaron cien nicaragüenses sobre el puente.

Entre ellos figuraba un oficial llamado Mariano Méndez a quien Walker describe prolijamente. Dice que era un indígena que se había mezclado en las revoluciones desde su juventud. Expone que las pasiones de Méndez eran violentas: que tenía un valor y una experiencia que lo hacían algunas veces útil a los hombres que acostumbraban hacer cambios políticos con fines personales. Agrega que cuando sus compañeros entraban al servicio activo montaban a caballo a Méndez con una lanza en la mano y aguardaban de él las más atrevidas empresas.

Concluye el narrador la pintura de Mariano Méndez diciendo que era completamente inadecuado para una rígida organización militar y que podía considerarse como un instrumento peligroso y como un amigo inapreciable. A Méndez se le había mandado ponerse a las órdenes de Ramírez y aumentó la insubordinación colocándose a disposición de Walker, a quien aseguró que de ningún modo obedecería a Ramírez.

Máximo Espinosa, propietario de una hacienda de cacao inmediata a Rivas, fue autorizado por el Ministro de Relaciones, que lo era entonces el Sr. Francisco Baca, para ejercer las funciones de Prefecto en aquel departamento. Espinosa era un hombre de más de setenta años. Asegura el narrador que aquel anciano estaba dominado por una pasión vehemente, el odio a un señor Juan Ruiz, Ministro de Estrada. El odio procedía de cuestiones sobre tierras,

provenientes de que uno y otro tenían fincas limítrofes. Espinosa y un sobrino suyo se embarcaron también a bordo del “Vesta”.

El Capitán Morton fue puesto al mando de aquel buque, el cual se hizo al mar conduciendo a los expedicionarios a cuyo frente estaba Walker y cuatro días después de haber salido de Realejo llegaron a un punto llamado el Gigante, a poca distancia de Brito y a unas seis leguas al Norte de San Juan del Sur, según expresa el mismo Walker. Él dice que los botes eran pocos y pequeños y que uno de los expedicionarios de que ya hemos hablado, de Brissot, en el primer viaje a tierra que hizo, arrojó contra las rocas un bote ballenero que dirigía. A la media noche toda la fuerza, que se componía solamente de cincuenta y cinco americanos y de cien hijos del país, estaba en tierra. Walker refiere que cuando comenzó el desembarque, la luna brillaba en todo su esplendor; pero que en seguida espesas nieblas produjeron la más densa oscuridad.

Espinosa y su sobrino eran prácticos en aquellas veredas y encontraron por encima de cadenas de colinas inmediatas a la costa, un sendero que conducía a Rivas. La columna comenzó a marchar hacia el interior. Iban los americanos al frente y a retaguardia estaba Ramírez y sus cien soldados, de los cuales algunos conducían municiones cubiertas con cueros. Expone Walker que aquellos hombres llevaban sólo sus armas y provisiones para dos días y que antes de haber andado una media milla la lluvia cayó a torrentes: que Espinosa y su sobrino perdieron el camino, circunstancias que los obligaron a hacer alto al descubierto y bajo torrentes de agua.

Al amanecer cesó la lluvia, se encontró el camino y la columna prosiguió su marcha. Iba atravesando tupidos bosques y resuelta a sorprender al enemigo en Rivas en la noche del 28, según afirma el narrador. Él agrega que como a las 9 de la mañana llegaron a una casa vieja abandonada y que se detuvieron allí varias horas para descansar y alimentarse. Walker hace una descripción del campamento que conviene no pasar inadvertido. Dice que los sombreros de fieltro que llevaban los americanos atestiguaban los efectos de la fuerte lluvia de la noche y que las espesas y largas barbas de algunos de ellos les daban un aspecto salvaje y amenazador. Después de aquel descanso la columna emprendió nuevamente la marcha.

Walker, admirador de la zona intertropical y de la poderosa vegetación de Nicaragua, dice que las desagradables impresiones de la noche estaban completamente olvidadas bajo el influjo de los balsámicos efectos del aire dulce y suave, que parecía un fluido enteramente diferente al que se respira en las alturas del norte.

Una impresión semejante a la que se experimentaría con una ligera y vaporosa exhalación de opio, agradando y deleitando por intervalos si se mezclase de cuando en cuando en los elementos atmosféricos, sentían los americanos en aquel día, según expresa el jefe expedicionario.

Pero no todo había de ser bonanza. Al ponerse el sol volvió la lluvia y el mal tiempo retardó la marcha. Este contratiempo frustró el plan de sorprender a Rivas en la noche del 28. Los

soldados nicaragüenses que conducían las municiones comenzaban a quejarse del peso de ellas, agravado por lo fangoso del camino, lo cual obligó al jefe a detenerse aún más mientras podía obtener bestias de carga. Muchos americanos se hallaban con los pies lastimados, comenzaban a desalentarse y habían perdido parte de la energía indispensable para el combate, a juicio del Jefe de la Falange.

ACCIÓN EN TOLA

En la aldea de Tola, que se halla en el centro del departamento de Rivas y casi a igual distancia del lago de Granada y del Océano Pacífico, existía un piquete de caballería. Había sido enviado por el jefe de las fuerzas, que dominaban el departamento para espiar la marcha de la Falange Americana. Esto quiere decir que el movimiento militar de Realejo al departamento Meridional, no era un secreto.

Walker cree que Muñoz dio parte a Corral por medio de un alemán a quien el mismo Muñoz expidió pasaporte para dirigirse al centro de los legitimistas. Walker acumula datos para comprobar que Muñoz lo traicionaba. El narrador dice que cuando Corral supo en Granada la salida de Realejo envió a Rivas al Coronel Bosque con tropas que hicieran resistencia. Bosque era un español que pertenecía al partido de Chamorro y que odiaba a los americanos, no solo por el poco afecto que se nota entre España y Norteamérica, sino porque creía que el triunfo de la Falange Americana facilitaría algunas combinaciones que tendieran a la independencia de la isla de Cuba.

El Coronel Bosque hizo trincheras en Rivas y fortificó la plaza. Él tuvo la precaución de enviar hombres a caballo a recorrer el campo entre la ciudad de Rivas y la costa del Pacífico y veinte de estos hombres estaban apostados en la aldea de Tola en la noche del 28 de junio, según refiere Walker. La lluvia parecía destinada a perjudicar a la Falange. Al acercarse a la aldea comenzó a llover; los caminos se hicieron casi intransitables y la tropa tenía mucha dificultad para impedir que se mojaran las municiones. El narrador dice que como a distancia de media milla de Tola despachó veinte hombres para atacar al enemigo. Ellos marcharon resueltamente. El grueso de la tropa siguió a corta distancia.

Había una tempestad imponente y al llegar los combatientes a los alrededores de la aldea dice Walker que oyó entre el estampido de los truenos las detonaciones de los rifles y que en seguida todo se quedó en silencio. La vanguardia había encontrado a los legitimistas en el corredor de una de las principales casas de Tola. Allí los atacó y puso en dispersión. Éstos llevaron a Rivas la noticia de la llegada de la Falange. Aquí hay una circunstancia digna de narrarse.

No todos los legitimistas pudieron escaparse. Algunos quedaron allí prisioneros, entre los cuales había heridos. La Falange llevaba un cirujano conocido con el nombre de Doctor Jones, a quien se dio orden de curar a los heridos. Esta orden la criticaron los oficiales nicaragüenses, que acompañaban a los americanos. Ellos decían que Chamorro había

decretado guerra a muerte a los demócratas y que era preciso emplear las represalias. Walker sin atender a esas exigencias dio cuartel a los vencidos.

IMPRESIONES DE WALKER

Al rayar el alba los combatientes siguieron su marcha sobre Rivas. Méndez, montado a caballo y con una lanza en la mano, hacía demostraciones de júbilo y felicitaba a los nicaragüenses porque pronto iban a tener un encuentro con sus adversarios. El Coronel Ramírez, conocido en Nicaragua con el apodo de “Madre Gil”, manifestaba diferente situación. Su aspecto era sombrío y taciturno y no gustaba de que los nicaragüenses se acercaran a los americanos.

Dice Walker que muchas mujeres del mercado, con canastos de frutas sobre la cabeza salían de Rivas y al encontrar a los americanos los saludaban alegremente, aunque alguna admiración les causaban sus figuras. Aquellas mujeres no estaban acostumbradas a ver gente de California en la situación que por las fatigas del camino, las lluvias y los desvelos presentaba la Falange. Mucho debió ser el odio que inspiraba a aquellas mujeres el partido granadino, cuando acogían con júbilo gente que por el momento presentaba un aspecto tan desagradable. Los americanos contemplaban con detenimiento a aquellas mujeres tan diferentes por su raza, sus trajes y sus maneras a las que ellos estaban acostumbrados a mirar. Las bellezas naturales del país a cada instante hacían más impresión a los que por primera vez ingresaban en él.

Walker se aparta muchas veces de su narración histórica para deleitarse en la hermosura de los horizontes, que por primera vez se abrían delante de sus ojos. Dice que cuando la columna llegó a la cima de una colina, a unas cuatro millas de Rivas, vio abrirse una escena de belleza y esplendor, que por un instante les hizo olvidar los sufrimientos pasados y la perspectiva de la nueva lucha que iban a emprender.

Expone que cuando la vanguardia llegó a una vuelta del camino, pareció que por un momento, hacía alto involuntariamente. Aquella gente tenía orden de marchar en silencio y sin embargo hizo una exclamación de sorpresa al ver un monte elevado cinco mil trescientos cincuenta pies sobre el nivel del mar, que majestuosamente se halla sobre el lago de Nicaragua. Méndez, para quien aquel espectáculo era familiar, dio un grito diciendo: ¡Ometepe!.

Dice Walker que el lago de Nicaragua aparecía en toda su extensión y que de entre sus aguas se levantaba aquel volcán como una diosa del mar. Agrega que las oscuras selvas de los trópicos cubrían los flancos del alto monte, que parecía descansar bajo el influjo de los rayos solares que lo rodeaban.

El narrador manifestando conocimientos geológicos expone que la forma de la montaña refiere su historia; la cual se lee ahí como si estuviera escrita sobre un libro con muy claros caracteres y concluye asegurando que los habitantes de Ometepe serían sorprendidos mirando un día lanzar lava de sus flancos ardientes. Aquí el traductor hace una observación

digna de consignarse. Dicen que 28 años después aquel volcán hizo una erupción que sembró el terror en los tranquilos habitantes de la isla.

PRIMER COMBATE DE RIVAS

Separando la vista Walker, de las bellezas naturales, vuelve a seguir la narración histórica y asegura que tomó el camino que conduce a Granada para entrar a Rivas por el lado del Norte. Prefirió esa dirección para ocupar las casas de dos haciendas, llamada la una de Maliaño y la otra de Santa Úrsula.

Dice que esas haciendas son plantaciones de cacao que están a la extremidad de la ciudad y que presentaban posiciones favorables para tropas de ataque o defensa.

El invasor ordenó que la columna hiciera alto a menos de media milla de las casas de la ciudad, mandó formar a su alrededor a los oficiales americanos y nicaragüenses para explicarles su plan de ataque y asignar a cada uno separadamente su parte en el combate, según él mismo dice. Agrega que Keween y Crocker recibieron orden de rechazar al enemigo en las calles, haciendo avanzar a los americanos a paso de carga hasta la plaza. Dice que entre tanto, Ramírez y su tropa debían seguir a los americanos protegiendo sus flancos y retaguardia. Refiere que entonces Keween y Crocker hicieron avanzar su gente y que a la vista de las primeras casas, un destacamento de legitimistas abrió el fuego que fue contestado por los rifles americanos. Asegura que entonces los legitimistas retrocedieron hacia la plaza y que la colina de Santa Úrsula fue ganada por la Falange, la que pronto tomó posesión de las casas situadas en la cumbre.

Dice Walker que él pasaba precisamente al momento en que estaban ocupando la casa y que vio a Crocker jadeante por la excitación y la fatiga, con la barba manchada en sangre por un refilón de bala y con un brazo que le colgaba inerte, porque una bala lo había atravesado de parte a parte cerca del hombro y que en la otra mano tenía un revólver con la mitad de los tiros descargados. Aquel hombre inutilizado por las heridas, hacía esfuerzos para llevar su tropa contra el enemigo.

En aquella situación, apenas vio a su jefe bajó la voz y dijo en tono suave: “Coronel, los hombres no quieren pelear y no me es posible hacerlos marchar adelante”.

Walker volviendo la vista hacia la retaguardia observó que no marchaban los nicaragüenses. Las mulas de carga y los caballos con las municiones caminaban lentamente y Méndez con algunos de sus compatriotas se hallaba en la cercanía.

Siguiendo adelante Walker, que refiere todo esto, comprendió que era cierto lo que decía Crocker, pues no era posible hacer avanzar a los combatientes. En esta triste situación se hallaba la Falange cuando un acontecimiento desgraciado para ella vino a poner fin a la jornada.

El Coronel Manuel Argüello llegó con una fuerza que de San Juan del Sur traía, e hizo fuego sobre el flanco izquierdo de los americanos, los cuales se reconcentraron en una gran casa de adobes cerca de la colina de Santa Úrsula y en algunas casas pequeñas al otro lado de una calle. Se abrieron las cajas que contenían municiones y se puso a cubierto la tropa, para que tuviera un momento de descanso antes de proseguir el combate. Ramírez no avanzó con sus cien nicaragüenses y observándolo los legitimistas, se colocaron entre los dos cuerpos democráticos.

Los legitimistas comenzaron a estrechar a los americanos haciendo muchos esfuerzos para atacar las casas donde se hallaban y desde las cuales los rifleros hacían grandes estragos. En esta situación Ramírez con la gente que mandaba marchó a la frontera de Costa Rica. Los americanos siguieron combatiendo, pero en el combate quedaron muertos Crocker y Keween lo cual abatió el espíritu de los individuos que componían la Falange.

El jefe de ella, que refiere todo esto, dice que aún después de esas pérdidas los americanos dieron una carga para hacer que el enemigo abandonara un cañón viejo de a cuatro, que se pretendía hacer maniobrar. La carga tuvo buen resultado para los invasores y los legitimistas no pudieron hacer uso de aquella pieza de artillería.

Quisieron entonces pegar fuego a las casas que ocupaban los demócratas y lograron incendiar el techo de una de ellas, según refiere el mismo narrador. Él agrega que hasta entonces había más de quince americanos fuera de combate y que sólo quedaban treinta y cinco aptos para la pelea. La acción comenzó a las doce del día y hasta las cuatro de la tarde se dio la orden de retirada. El enemigo, dice el expresado narrador, aprovechando la espesura de los montes, se había reunido en considerable número cerca de las casas donde estaban los americanos.

Estos debían considerarse perdidos; pero un gran esfuerzo los salvó. Al salir de las casas donde estaban alojados hicieron un gran ruido y dieron gritos que a los legitimistas parecieron aterradores, lo cual hizo que voltearan caras los que se hallaban más inmediatos y el resto de ellos se detuvo aguardando un ataque.

De este modo, dice Walker, la Falange se libró perdiendo solamente un hombre en la retirada. Esta narración no ha sido contradicha por el traductor, quien marca lo que cree inexacto.

Ella tiene todos los caracteres de la verosimilitud y sugiere muchas reflexiones. Crocker, jadeante por la fatiga, con la barba ensangrentada, un brazo inerte, atravesado de parte a parte por una bala y con un revólver en la otra mano haciendo esfuerzo para triunfar, revela un gran espíritu y un valor indomable. Con hombres de ese temple tenían necesidad de batirse los hijos del país. Era preciso, pues, para que obtuvieran victorias, que la situación de los legitimistas no fuera en ningún concepto inferior y en efecto no lo era cuando la Falange atacó a Rivas.

Había, según los cálculos de Walker, quinientos hombres en la ciudad, los cuales fueron reforzados por Argüello con setenta y cinco u ochenta, que trajo de San Juan del Sur. Hubo próximamente sesenta legitimistas muertos y otros tantos heridos.

La Falange tuvo seis muertos y doce heridos. Cinco de estos heridos fueron fusilados por los legitimistas, en virtud del decreto de exterminio dictado por Chamorro. El resto de la Falange se retiró sin que se le persiguiera. Aquella acción produjo el grande efecto de haber hecho desaparecer a Keween y Crocker.

Walker hace la apología de estos dos combatientes y lamenta su pérdida.

La conducta de Ramírez evidentemente calculada para hacer que la Falange sucumbiera, puede ser muy patriótica, pero no leal. El General Muñoz debió haber dado orden al Coronel Ramírez "Madre Gil" para que no siguiera a Walker, pero no era conforme al honor militar prestarle un apoyo en la apariencia para traicionarlo en el combate. Esta conducta, que Walker jamás olvidó, lo hizo suspicaz y desconfiado. No volvió a tener fe en ninguno de los hijos del país y más de una vez procedió contra ellos con dureza y con crueldad, imaginándose que por todas partes sería traicionado.

Fuente: Lorenzo Montúfar. "Walker en Centro América" (2 edición, corregida e ilustrada). Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. 2000.